DE AMOR Y DE SOMBRA

Carmelo Vilda

Conocí a Isabel Allende, en primer lugar, por las ingeniosas columnas periodísticas que publica en El Nacional. Me gusta la soltura de su estilo y ese saber inclinarse ante los asuntos más cotidianos para transfigurarlos en sorpresas balbucientes. Sobre todo, su capacidad para exprimir los acontecimientos y coloquiar con ellos como si nos brindara ensalada de frutas frescas.

En 1982 la editorial Plaza-Janés edita su primera novela: "La Casa de los Espíritus". Se trata de una telaraña familiar que se extiende durante los ochenta años del siglo XX chileno. No cabe duda de que resuenan compases escapados de "Cien Años de Soledad". Pero también es cierto que patentiza ya la facundia y habilidad narrativa para recrear con calentura mágica los ambientes, las sensaciones y sentimientos de una sociedad cruelmente desgastada. Se apoya en un vocabulario desenvuelto, muy expresivo y un estilo moldeado sin esfuerzo como si no fuera sudado.

Apenas dos años después, 1984, nos sorprende con De Amor y de Sombra. "Esta es la historia de una mujer y un hombre que se amaron en plenitud, salvándose así de una existencia vulgar. La he llevado en la memoria cuidándola para que el tiempo no la desgaste, y es sólo ahora, en las noches calladas de este lugar, cuando puedo finalmente contarla. Lo haré por ellos y por otros que me confiaron sus vidas diciendo: Toma, escribe, para que no lo robe el viento" (pág. 5).

Todavía paga tributo a García Márquez. La familia Leal, por ejemplo, tiene reminiscencias muy semejantes a la saga engendrada por Ursula y Aureliano Buendía.

"El Profesor Leal soñaba con el regreso a la patria (España) desde el día en que el barco lo alejó de las costas europeas. Indignado contra el Caudillo juró no usar calcetines hasta saberlo enterrado... su promesa le produjo escamas en los pies... helados y azules como arenques" (pág. 29).

Isabel Allende, sin embargo, con De Amor y de Sombra desarrolla ya su estilo totalmente personal e íntimo, algo así como si hubiera rozado acontecimientos que supusieron para ella una gran ruptura vital, uno de sus virajes históricos que tuercen el cuello al cisne y voltean definitivamente el destino.

El tono es confidencial, recatado, escrito sin ira pero con inflexiones de voz que traslucen situaciones dolorosas... mareas reprimidas, percusiones sobre piel tersa que cicatrizan luego en el aire. Hay más historia y crónica que fantasía o fábula. Controla los desbordamientos, los chorros de sangre. No necesita espolear la imaginación para desembarcar en la aventura. ¿No es Chile una referencia tétrica de "lo real maravilloso"?

La estructura interna es sencilla. Por eso mismo muy eficaz. Anilla los avatares de los miembros pertenecientes a cuatro familias relacionadas de repente por esas casualidades del destino. El azar precisamente es el que convoca las trayectorias de Francisco Leal (Sicólogo) e Irene Beltrán (Periodista). Al redactar un reportaje sobre religiosidad popular se ven implicados en un asunto misterioso que tiene que ver con la desaparición de una joven campesina. "Más tarde, al volver atrás en el recuerdo de esos días, (Irene) se preguntaba qué la empujó a la zona de las sombras" (127).

La búsqueda de Evangelina Ranquileo los conduce a las puertas de una mina abandonada donde los Carabineros de la Dictadura sepultan a quienes interesa eliminar. Es aquí donde la realidad invade los terrenos de la ficción y la novela se convierte en ejercicio periodístico. Algo así como en "Redoble por Rancas" de Manuel Scorza. Efectivamente, en 1979 fue descubierto a 60 kms. de Santiago un cementerio camuflado, bajo los hornos de una mina de cal. Se exhumaron allí cadáveres pertenecientes a 15 presos políticos. Más tarde se sabrá que ésta no era la única morgue donde iban a parar los opositores de la dictadura.

Irene y Francisco, a su pesar, son testigos excepcionales de un secreto de alto voltaje político. Corren peligro. La policía los persigue. Tienen que refugiarse en la clandestinidad. Irene es baleada. Se repone. Los dos amigos deciden emigrar. ¿Regresarán a la patria algún día?

De Amor y de Sombra no es una novela de pensamiento político o de aventuras. No impacta por su contundencia ideológica o por la traba malabar de la estructura. No trata de plantear teoremas formales o ensayos de teoría estilística. Ciertamente es una literatura que se escapa de la retórica y se solaza en el ruedo de la vida. Tensa sencillez narrativa ensamblada en círculos concéntricos. Como ejercicio literario tal vez sea inferior a la "Casa de los Espíritus". Es posible, incluso, que en definitiva pueda ser clasificada como novela circunstancial y por eso deleznable. ¿Pasará fácilmente al olvido cuando se consolide en Chile la democracia? Se nota la pretensión aleccionadora. No cae en la demagogia ni en el panfleto politiquero

Silva Henríquez, Cardenal Primado, en el tiempo de la novela.

ISABEL ALLENDE: De Amor y de Sombra
Edit. Plaza-Janés — Barcelona — 1984.
281 páginas.

pero sí roza los contornos del moralismo, el afán predicador.

Y sin embargo la novela atrapa. Por el tono y la sensibilidad. No es una novela de acción sino de ensimismación. Su eficacia y belleza dimanan de la ternura que restrega, de su lirismo, del planteamiento ético: proclamación de la vida frente a las bravuconadas de la muerte.

Humanismo recio, enhiesto a pesar de tantos acosos y tiroteos. Testigos son Irene y Francisco, esa pareja excepcionalmente entrañable. Demuestran que no ha muerto la fe en el hombre, y que en algún lugar del corazón es posible la convivencia ¡Aunque haya que rectificar mucho el camino y limpiar la polución que dejó la muerte tras su paso!

De Amor y de Sombra rebasa la simple historia de Irene y Francisco. Nos lleva hacia la tierra natal hacia ese lugar donde anidan las nubes y pájaros más azules. Nos conduce hacia la pátria en andas de la nostalgia. Atardecer en ella, desde la penumbra del destierro, implica un acto de amor. ¿No tiene que ver algo todo esto con la mata de "nomeolvides" que plantó Isabel, en Caracas, sobre tierra chilena robada al suelo cuando emprendía el vuelo del destierro?

La tercera y última parte se titula precisamente "Dulce Patria". Tiene como frontispicio un pensamiento de Pablo Neruda: "Yo viajo con nuestro territorio y siguen viviendo conmigo, allá lejos, las esencias longitudinales de mi patria". No es sólo una añoranza ecológica sino un acto de fe en la historia chilena, una apuesta por la posibilidad de reconciliación de regreso a Itaca. Cuando Irene bordea la frontera salvadora exclama: "¿Volveremos? — ¡Volveremos! replica Francisco. Y en los años que siguieron, esa palabra señalaría sus destinos: volveremos, volveremos..." (281).

La Iglesia Católica a la que Isabel trata con entrañable admiración es propuesta como encuentro de caminos y terraza de entendimiento cuando, al alba de la luz, desaparezcan las sombras. El propio Cardenal en persona se responsabiliza de las investigaciones y de que se respeten los derechos fundamentales del hombre. Por primera vez en la novelística hispanoamericana la jerarquía eclesiástica asume la opción preferencial por el pobre, el perseguido político y el trabajador en paro. No se trata de iniciativas personales, tales como la del P. José "vestido con braga de obrero y que vivía en un rancho de madera similar a muchos otros" (211) sino la de toda la Iglesia liderizada por su Cardenal primado ¡Ay... si fuera verdad tanta ilusión..!

"El cardenal no toleraba ninguna forma de halago... José Leal tenía pruebas del coraje, la voluntad y astucia que más tarde demostró al enfrentarse a la dictadura. Ni la campaña de hostilidades, ni los curas y monjas en prisión, ni las advertencias de Roma, consiguieron desviarlo de sus propósitos. El Jefe de la Iglesia se echó al hombro la carga de defender a las víctimas del nuevo orden colocando su formidable organización al servicio de los perseguidos" (214).

Resalto como el valor más sugestivo de la novela la defensa de lo humano y el entorno donde anida y se preserva ¡que es la patria! Amor al hombre y a la tierra natal donde se ancla. Emotiva ciertamente la capacidad de Francisco e Irene para proclamar la vida y el amor como único y último bagaje. Ni la dictadura, ni amedrentamiento o la muerte deben tener la última palabra. Tampoco el "ojo por ojo" sino el amor. Por eso ni siquiera cuando describe las escenas más degradantes deja de orear la brisa indulgente, la mirada benévola que brota del corazón. Es el tallo que no cede ante la bota que lo pisa y se alza siempre erguida buscando sol.

Irene y Francisco se sienten "pequeños, solos y vulnerables, dos navegantes desolados en un mar de cimas y nubes, en un silencio lunar pero también sentían que su amor había adquirido una nueva formidable dimensión y sería su única fuente de fortaleza en el exilio (281).

De Amor y de Sombra no se ceba en la violencia tan característica de toda las narrativas latinoamericanas. Denuncia, cariño en alto, porque cree que los corazones no se han podrido del todo y no han renunciado a respirar el aire de la esperanza ni el olor a los días de trigo y rosas de la infancia. Aunque estén ahí los muertos de la dictadura con su lacerante presencia, con el mismo volumen y relieve que los vivos.

Isabel Allende cree en la paz, en el amor, "solo el amor nos hace inocentes", en el pluralismo. Por eso también incluye a militares "buenos": el capitán Gustavo Morante. Cree además que los "buenos" van a ganar. "...y los buenos somos tú y yo, todos nosotros, los que queremos la paz, los que no queremos violencia, los que no queremos que haya pobres". (palabras de presentación de la novela en Barcelona - España).

Isabel Allende ha sabido acunar su novela, con voracidad de vida, con desesperado amor...

Pinochet, las sombras que desaparecerán.